

# Memoria fantasma

Juan Pablo Villalobos

*¿Hasta dónde son capaces de llegar los críticos literarios para apropiarse de la obra y la figura de un escritor? A causa de sus indagaciones sobre Rulfo, el autor de No voy a pedirle a nadie que me crea se ve de pronto involucrado en una peligrosa trama gangsteril de académicos rulfistas, cuyo descubrimiento por poco le cuesta la vida.*

I

\*

En enero del 2005, mientras cursaba el doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona, conocí a Andreia, la ahora madre de mis dos hijos. Como éramos gente de letras (creo que lo seguimos siendo), el ritual de intercambios afectivos con el que nos descubrimos incluyó libros. Una madrugada, muy al principio, hablando de literatura, prometimos regalarnos nuestro libro favorito. Ella, que es brasileña, me dio las *Memorias póstumas de Brás Cubas*, de Machado de Assis, en la edición de bolsillo de Alianza. Yo le di *Pedro Páramo* en una edición que nunca había visto en México, la de compactos de Anagrama (nuestras becas no alcanzaban para lujos bibliográficos).

Ninguno de los dos vio una señal de mal agüero en el hecho de que ambos hubiéramos elegido libros de ultratumba. Al fin y al cabo se trataba de clásicos. Quizá ni siquiera fueran nuestros libros favoritos, sino una manera de alardear de la potencia de nuestras respectivas tradiciones literarias. Por si fuera poco, nos habíamos conocido en un seminario sobre literatura del Holocausto. Más romántico imposible.

Por aquella época me inscribí en otro seminario en la universidad, llamado “Dante y la posmodernidad”. La idea era rastrear la influencia de la *Divina Comedia* en la literatura, el cine, el teatro y el arte del siglo veinte. No tenía mucho que ver con mi proyecto de tesis sobre escritores excéntricos latinoamericanos: más bien no tenía nada que ver. Pero necesitaba sumar créditos y los seminarios eran la manera más expeditiva de hacerlo (mediante la simple asistencia y la redacción de un breve ensayo). Habiendo releído recientemente el *Pedro Páramo* con Andreia, para susurrarle al oído notas al pie de página, el tema me resultó obvio. Titulé mi trabajo “*Pedro Páramo* y la *Divina Comedia*: dos versiones de la escatología”.

Estábamos, como ya dije, en el 2005 y se cumplían cincuenta años de la publicación de *Pedro Páramo*. Había, como era de esperarse, un alud de artículos que, o bien insistían en las mismas lecturas de siempre (la exégesis del *status animarum post mortem*), o bien se esforzaban en proponer novedosas interpretaciones de la novela (fallando, la mayoría de las veces). Al sumergirme en Internet casi me ahogo y me arrepentí de inmediato. Sin embargo, no podía

echarme para atrás, porque de una manera bastante irresponsable había comunicado al profesor el tema del ensayo antes de ponerme a investigarlo.

Al documentarme para la escritura, como un predador a la caza de citas que engordaran mi ensayo, descubrí que Carlos Fuentes defendía la conexión entre la *Divina Comedia* y *Pedro Páramo* y que Carlos Monsiváis la negaba, argumentando que era una estrategia de la “ignorancia ilustrada” para restarle su carácter social a la novela, para reducirla a la esfera de lo mítico. Léase entre líneas: una apropiación del neoliberalismo. “Todo es *mítico*”, escribe Monsiváis, “que a la letra dice: incomprendible, lejano, sellado”.

Con estupefacción tuve que afrontar la terrible realidad: si quería escribir el ensayo (y obtener los créditos) tendría que ponerme del lado de Carlos Fuentes.

\*

“Es como si para Rulfo Cristo no hubiera resucitado”, escribí en aquel ensayo, “lo que recuerda la amonestación de San Pablo a los incrédulos: si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana y estamos todavía en nuestros pecados (Cor 1: 15-17). Los personajes de Pedro Páramo realizan una interpretación negativa de la escatología cristiana: Cristo ha padecido un martirio sin sentido, sin salvación, sin resurrección”.

Entregué el ensayo y obtuve los créditos sin que el profesor hiciera mayores comentarios (una práctica habitual en la mediocridad de las universidades españolas). Me olvidé del ensayo. Me olvidé de Rulfo. Andrea quedó embarazada. Abandoné el doctorado (se terminaba la beca y necesitaba un trabajo). Nació Mateo en septiembre del 2006. Escribí una novela, *Fiesta en la madriguera*, que sólo conseguí publicar en el 2010. La novela se tradujo al francés más tarde y Dominique Deruelle, un profesor jubilado de Saint-Étienne, me invitó a Letras Latinas, el festival de literatura latinoamericana de Lyon. Era noviembre de 2012.

## II

—Ha muerto Martín Acuña de la Torre —me dijo André Feraud, de la Universidad Stendhal de Grenoble, durante una de las cenas del festival.

En un primer momento, distraído por la pericia que me exigían las pinzas y el tenedor para comer caracoles, no le puse atención. Como el nombre no me sonaba, incluso pensé que el comentario no iba dirigido a mí, sino a otro de los comensales.

—Martín Acuña de la Torre —insistió André, y esta vez levanté la mirada del plato y advertí que exa-

minaba fijamente mi torpeza manual—, el gran *rulfista* paraguayo.

Me apresuré a meterme en la boca el caracol que había pescado, al tiempo que ensayaba una mueca de pena incierta, protocolaria. Confieso que incluso me dominó pasajeramente el hastío de confirmar, una vez más, que por haber nacido en Jalisco estaba condenado a ser, si acaso, un escritor de la tierra de Juan Rulfo.

—Ha muerto aquí, en Francia —siguió André—, vino a vivir aquí luego de jubilarse en la Universidad de Indiana.

Entonces algo resonó en mi memoria, quizá la mención a la universidad norteamericana: yo había citado profusamente a Martín Acuña de la Torre en mi ensayo sobre Rulfo y Dante. Una de sus ideas, sobre el tiempo en ultratumba, y su distinción entre lo que para Rulfo es filosófico y para Dante moral, fueron las bases de la escritura de aquel ensayo. Transcribo ahora un fragmento, copiado de mis archivos: “As in Dante, the pained shades of Rulfo have a kind of ghostly body, a phantom appearance, and they talk, they move, they complain, they grieve, and, deprived of any possibility of change, incapable of bettering their condition in any way, they find themselves outside of time”.

Imaginé una historia triste, y estereotipada: la del académico latinoamericano que, después de vivir largos años en Estados Unidos, vuelve a su país y no logra reintegrarse. La del expatriado que ha perdido su lugar en el mundo y, viejo y cansado, elige un lugar nuevo, ajeno, para ir a morir. André interrumpió mi devaneo melodramático:

—Lo asesinaron, dicen que fue una muerte natural, pero yo sé que lo asesinaron.

Depositó el largo tenedor con el que perseguía a los caracoles en el plato. Levanté la copa de vino tinto y, lentamente, di un trago. Miré a los otros escritores en la mesa (Alejandro Zambra, Alberto Barrera, Guillermo Fadanelli), enfrascados en una conversación paralela con Dominique Deruelle y con el director del festival, Alonso Morales. De seguir la lógica del diálogo, me correspondía preguntar cómo era que sabía que había sido asesinado, y la curiosidad, fulminante, me apremiaba, pero intuía que de hacerlo sería un camino de no retorno. André resolvió el dilema respondiendo la pregunta sin que yo la formulara:

—Me lo dijo él. Hablo con él todas las noches.

\*

André Feraud tendría alrededor de sesenta años y era también un *rulfista* de carrera. No era uno de los más

notables, o notorios, quizá porque se había dedicado a los estudios comparativos entre varios escritores teóricos con la obra de Rulfo: Jorge de Icaza, Ciro Alegría, Manuel Scorza. En los medios académicos mexicanos era más conocido por ser uno de los pocos que reivindicaban el lugar fundamental que debía ocupar un libro de cuentos olvidado, *Trópico*, de Rafael Bernal, dentro de la tradición de la narrativa indigenista y de la tierra. Se le consideraba un académico *menor*, un juicio arbitrario basado en un dicho popular: el que mucho abarca poco aprieta.

Cuando los meseros retiraron los platos con las conchas vacías de los caracoles, la mitad de las mías todavía habitadas, vi que Dominique se levantaba para ir al baño y me apresuré a perseguirlo.

—Vaya personaje André Feraud, ¿eh? —le dije a Dominique mientras orinábamos, uno al lado del otro, en los mingitorios.

—Un poco excéntrico, sí —contestó Dominique.

Terminamos la micción en silencio. Pensé que tenía que compartir con Dominique lo que André acababa de relatarme, al menos para volverlo cómplice de la incomodidad cuando volviéramos a la mesa.

—André me contó que —empecé a decir mientras nos lavábamos las manos.

—Quedó muy afectado por la muerte de Martín —me interrumpió Dominique—, ellos eran muy amigos, llevaban años trabajando en un libro sobre Rulfo que pensaban publicar en el centenario.

—¿Qué centenario? —pregunté confuso, en aquel 2012.

—En 2017 —respondió Dominique—, dentro de cinco años es el centenario del nacimiento de Rulfo.

—¿De qué murió Martín? —pregunté.

—Siempre tuvo problemas con la bebida —me dijo Dominique—, llevaba un tiempo muy deprimido.

Se secó las manos y abandonó el baño sin acabar de responder la pregunta.

\*

Al volver a la mesa conseguí integrarme en una conversación sobre fútbol con Alejandro Zambra y Alonso Morales, que especulaban sobre el despido del entrenador de la selección chilena luego de que esa misma noche hubiera perdido 3 a 1 con Serbia. Fingí ignorar a André durante el resto de la cena, pero en realidad me mantuve muy atento a su manera de comportarse. Aislado entre dos conversaciones, permaneció callado, taciturno, vagamente triste, podría decirse, aunque quizás estaba paulatinamente más y más borracho. Yo estaba muerto de hambre, porque



entre los fallidos caracoles y la raquítica porción de chuletitas de cordero (literalmente “chuletitas”), era como si no hubiera cenado. El vino, ese sí en cantidades generosas, estaba obrando su efecto. Y luego llegó el colofón intoxicante: el carrito de quesos, esos quesos podridos, maravillosos, que son auténticas drogas que abren las puertas a la percepción de múltiples delirios gástricos.

Hicimos la caminata de vuelta al hotel donde todos nos hospedábamos y el torpor que me dominaba enalteció, tontamente, mi capacidad empática. Me acerqué a André, que trastabillaba, y lo tomé del brazo como si fuera mi padre. Mascullaba frases en francés, que mi mediocre dominio de la lengua me impidió entender. Al llegar al hotel, Dominique me pidió que me asegurara de que André llegara bien a su cuarto.

Subimos al elevador todos y yo bajé con André en el segundo piso. Atravesamos el pasillo, encontramos la habitación y cuando me despedía, André me jaló hacia adentro del cuarto.

—Tengo un coñac muy bueno —me dijo, con la lengua enroscada—, vamos a tomar un trago antes de dormir.

Me di cuenta de que su borrachera había alcanzado el nivel de la impertinencia y que lo mejor sería seguirle la corriente para evitar un escándalo y escaparme a mi cuarto en cuanto pudiera.

André sirvió dos vasos de una botella de coñac que extrajo de la maleta. Me tendió uno y se dejó caer en el único sillón del cuarto. Yo me senté en la orilla de la

cama y comencé a fingir que daba sorbitos, temiendo la resaca del día siguiente en que yo tendría que tomar un avión para volver a casa.

—Ahora viene —dijo André de pronto.

—¿Quién? —pregunté, receloso, vigilando la puerta de entrada, que era también mi vía de escape.

—Martín —contestó André—, tenemos que terminar el libro.

La borrachera me hizo temer que realmente en cualquier momento pudiera aparecer el espectro de Martín, representado en la forma que él mismo había descrito en su ensayo sobre Rulfo y Dante: “a ghostly body, a phantom appearance”.

—¿Quién mató a Martín? —pregunté, absurdamente, los quesos eran de verdad alucinógenos.

—Quién mató a Martín —repitió André—, quién mató a Martín.

Se sirvió un segundo vaso de coñac y me ofreció la botella, que rechacé con un ademán que sugería prudencia.



—Le gustó mucho tu ensayo a Martín —dijo André luego de vaciar el vaso de un trago—, esa lectura hereje le entusiasmaba, esa conexión satánica del *Pedro Páramo* es muy interesante.

Mentiría si dijera que la borrachera se me bajó de la sorpresa, en mi experiencia eso nunca sucede. La sorpresa, de hecho, se sumó a la confusión que me embotaba la cabeza. ¿Cómo había leído Martín Acuña de la Torre mi ensayo si yo no lo había publicado? Me puse de pie dispuesto a huir como si acabara de descubrir una trama conspiratoria en la que pretendieran enredarme. Pero la curiosidad pudo más que la cautela.

—¿Cómo pudo leer mi ensayo Martín? —pregunté—, era un simple trabajo de escuela, lo escribí para sumar créditos del doctorado.

—Los *rulfistas* nos enteramos de todo —contestó—, lo leyó en una revista de la Universidad Veracruzana, no me acuerdo del nombre, estoy un poco borracho.

La teoría conspiratoria se desmontó porque entendí la lógica narrativa: yo le había enviado todos los ensayos que había escrito en el doctorado a Teresa García Díaz, la tutora con la que había trabajado como becario en el Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana, y le había pedido que intentara publicarlos. Luego habíamos perdido el contacto y como yo había abandonado mis pretensiones académicas me había desentendido de sus gestiones.

—¿En *La palabra y el hombre*? —le pregunté.

—Eso, eso —respondió.

Y se quedó dormido. Dudé si debía acostarlo en la cama antes de marcharme. Me acerqué a la mesa de noche para dejar el vaso y entonces vi el manuscrito.

\*

Para decir la verdad, el libro de Martín y André no era sobre Rulfo. Era sobre los *rulfistas*. Era un retrato despiadado, y desternillante, del mundo académico. Estaba escrito en un español disparejo (se notaba la diferencia entre los pasajes escritos en el español nativo de Martín y aquellos redactados en el español escolar de André) al que le urgía una revisión de estilo profunda, y quizá tenía el “defecto” de que parecía un libro de Roberto Bolaño. Pero ése no es necesariamente un defecto: a veces alguien intenta contar la verdad y se parece a algo que escribió Bolaño.

Había especulaciones deliciosas sobre el origen de los fondos que financiaban las distintas investigaciones *rulfianas*. Éstas sí verdaderas teorías de la conspiración que incluían universidades europeas o

norteamericanas, oscuras dependencias gubernamentales de México, Estados Unidos o la Unión Soviética, editoriales de las Bahamas, revistas impresas en Liechtenstein. Había un capítulo sobre un congreso en Bratislava, en los años noventa, dedicado exclusivamente a determinar quién se acostaba con quién en el mundo de los *rulfistas*, que parecía un club de *swingers*. Y otro que sugería que había una relación entre los lugares donde había mayor concentración de *rulfistas* y los flujos de inversión extranjera directa en México. A lo largo del libro se acusaba reiteradamente a los traductores de Rulfo de ser en realidad espías al servicio del imperialismo.

En el último capítulo, titulado “Rulfo y Satanás”, se citaba mi ensayo. Y aquí era donde Martín y André habían llevado su delirio al límite: describían los fundamentos teológicos de una secta inspirada en la escatología de *Pedro Páramo*. Había rituales. Entre ellos, sacrificios humanos en los que se prometía al sacrificado que su alma iría a habitar a Comala.

Me reí, no sé si nervioso o divertido, la borrachera lo confundía todo. Pero el tema del último capítulo sí me impuso un respeto macabro que me hizo abandonar el cuarto de André de una vez por todas. Me fui a dormir y tuve muchas pesadillas.

\*

Volví a casa. Me olvidé de André y de Martín, aunque ocasionalmente aparecían en mis pesadillas. Me olvidé también de Rulfo (un escritor de Jalisco tiene que olvidarse de Rulfo si quiere escribir cualquier cosa). En 2014, mi segunda novela se publicó en Francia y entonces reapareció Dominique, por correo electrónico, preguntándome si estaría disponible para ir de nuevo al festival. Esta vez las fechas no me convenían, por lo que al final no fui, pero sí aproveché el intercambio de *emails* para preguntarle a Dominique cómo estaba André Feraud, “nuestro amigo excéntrico”. “Oh”, me escribió Dominique, “pensé que lo sabías. André murió el año pasado”. Le respondí lamentando la noticia y preguntándole si André había conseguido terminar el libro que había escrito con Martín sobre Rulfo, si lo había publicado. “No hay tal libro”, me contestó, “hablaba mucho sobre ese libro, pero no hay nada, nadie encontró nada entre sus cosas, ya sabes, le gustaba mucho la bebida”.

Yo sabía que estaba siendo impertinente, pero después de dos o tres días con la duda carcomiéndome me decidí a preguntar cómo había muerto André. Dominique me respondió una sola línea, escueta, dura, en el último correo de esa serie: “Se ha quitado la vida”.

\*

El viernes 13 de noviembre de 2015 regresé a Lyon, para participar otra vez en el festival. Esta vez me acompañaban Andreia y nuestros dos hijos, planeábamos aprovechar el fin de semana para pasear por la región. La mala suerte quiso que el tren en el que viajábamos desde Barcelona se averiara y tuviera que cancelar mi primer evento. Llegamos con el tiempo justo para desplazarnos a Saint-Étienne para una charla en la biblioteca municipal. Quien mediaba la mesa era Dominique.

Al finalizar tuvimos que correr a la estación para tomar el último tren que nos devolvería a Lyon. No tuve tiempo prácticamente de hablar con Dominique, y al llegar a Lyon nos enteramos del ataque terrorista en París, que trastocó los planes vacacionales de la familia y mi participación en los eventos del festival el lunes y el martes, que acabaron siendo cancelados.

Ante el ambiente enrarecido en la ciudad, de súbito repleta de policías, Andreia y yo decidimos quedarnos en Lyon nada más hasta el domingo y volver a Barcelona. El sábado llevamos a los niños al Parc de la Tête D’Or, que tiene un maravilloso zoológico de especies raras y protegidas. Estábamos recorriendo la sección de los monos cuando un tipo se me acercó y me dirigió la palabra.

—Tú eres Villalobos, ¿no? —me preguntó.

No contesté nada, pero lo miré con desconfianza. Rondaría los cuarenta años y tenía apariencia de latinoamericano, de uno al que Europa le ha cambiado el estilo, pero no los rasgos. Andreia y los niños, que no se habían dado cuenta, caminaron hacia la siguiente jaula.

—Te vi hace un par de años en el festival Letras Latinas —dijo, y pude identificar su acento mexicano—, ¿fue hace dos años?, en La Ópera con Fadanelli.

—Fue hace tres —le contesté, admirado por la coincidencia—, fue en 2012.

Me contó que era de Guadalajara y que estudiaba un doctorado en Grenoble, pero que cada vez que podía se escapaba a Lyon, que ahora tenía una novia francesa que vivía en Lyon y pasaba más tiempo ahí que en la universidad. Nos quedamos callados y en lugar de despedirme, para no parecer grosero, dije una de esas frases inocuas de cortesía (siempre tengo miedo de parecer grosero, de que piensen que soy arrogante).

—Qué casualidad —dije.

El tipo miró para todos lados. Luego dijo:

—No es una casualidad, yo quería hablar contigo.

Antes de que yo alcanzara a construir mentalmente una narrativa paranoica, el tipo se apresuró a explicarse:

—Le pedí a Alonso que me agendara una entrevista contigo, y se supone que íbamos a hablar el lunes; yo escribo para una revista digital, pero Alonso me llamó ayer en la noche para cancelar la entrevista, y me dijo que si quería hablar contigo tenía que ser hoy porque te ibas a regresar antes. Fui al hotel y te vi salir, pero me dio vergüenza interrumpirte porque ibas con tu familia.

—¿Nos seguiste? —le pregunté.

—En realidad no —respondió—, escuché cuando preguntabas en la recepción cómo llegar al parque y me vine para acá a buscarte.

Miré con exasperación hacia donde Andreia y los niños se encontraban.

—André era mi director de tesis —dijo el tipo.

—¿Cómo? —dije, de la sorpresa.

—André Feraud, tú lo conociste; era también de los organizadores del festival.

Nos quedamos contemplando un momento a un monito del amazonas calvo que se columpiaba delante de nosotros.

—¿Supiste lo que le pasó? —dijo.

—Sí, que murió —dije—, me lo contaron.

—No murió —dijo, clavándome una mirada titubeante en los ojos—, a André lo mataron, igual que a Martín Acuña.

—Me dijeron que se había suicidado —dije.

—Eso dicen —replicó—, eso dicen.

Andreia se aproximó, extrañada. Me vi obligado a hacer las presentaciones, sin saber cómo se llamaba el individuo, que bromeó con los niños para no tener que revelar su nombre.

—Un minuto y no te molesto más —me dijo, o más bien le dijo a Andreia, para que nos dejara a solas.

Aguardó hasta que mi familia estuvo a una distancia suficiente.

—Necesito hablar contigo —me dijo. Le dije que tenía que irme.

—Dame media hora y te lo explico todo. Tú puedes ayudar a que se sepa la verdad.

—No puedo —me disculpé—, vine con mi familia para compensarlos porque últimamente he viajado mucho; no voy a dejarlos solos en el hotel.

—Hay más —me interrumpió.

—¿Más qué? —pregunté.

—Sánchez Cuesta de Salamanca, Eske Rohde de la Universidad de Leiden. Lo de Inga en Austin no está tan claro, pero yo apostaría a que es lo mismo.

—¿Lo mismo qué?

—Paso por ti al hotel y te lo explico —me contestó—, a la hora que me digas.

Me obligó a que le hiciera una llamada perdida para que guardara mi teléfono.

—Te llamo al rato y nos ponemos de acuerdo —me dijo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Te lo digo esta noche.

Pero la siguiente vez que supe de él fue por las noticias.

\*

Ésta es la parte más fácil de escribir, la más innecesaria, porque todo el mundo la conoce: aquel estudiante de doctorado de Guadalajara era el mexicano que se tiró del Pont de la Guillotière en la madrugada del domingo 15 de noviembre de 2015.

### III

De vuelta en Barcelona, reconstruí por primera vez, para Andreia, el relato completo de todo lo que había pasado hasta entonces.

—Prométeme que no te vas a meter más en eso —me pidió.

—Yo no me metí en nada —le contesté.

—Prométemelo —insistió.

Le dije que sí, que no pensaba agitar más el agua.

—Y prométeme que no vas a escribir sobre esto —me rogó, de verdad asustada.

—Te lo prometo —le dije—, te lo prometo.

Para espantar a los fantasmas, nunca mejor dicho, recurrí al único colega que creí que no se reiría de mi ingenuidad, o mi provincianismo, si le pedía su opinión sobre lo sucedido. Contra lo que esperaba, Santiago Roncagliolo acabó riéndose de mí, a carcajadas, pero, tal y como imaginaba, quedó fascinado por la historia.

—¿Buscaste en Internet, huevón? —me preguntó mientras jugábamos ping pong en Gala Placidia.

—Los tres murieron —le respondí—. Sánchez Cuesta y Eske Rohde en 2014. Inga Berg en 2013.

—¿De qué murieron?

—No lo sé —contesté—, las necrológicas universitarias no suelen dar ese tipo de detalles.

—Pero si lo que me cuentas es verdad, Internet tiene que estar lleno de información, piénsalo, huevón.

—No encontré nada —le confesé.

—Porque estás buscando mal.

Depositó la raqueta en la mesa, le hizo una seña a su hijo para que lo sustituyera y se alejó con el teléfono en el oído.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Tengo un conocido que puede ayudarnos.

\*

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el “conocido” de Santiago en su ático del Poble Nou.

Santiago le hizo un resumen, exageradísimo, como de película de terror, como si la historia, en vez de parecerse a un libro de Bolaño, fuera una de sus novelas. Le dio luego una hoja de papel donde habíamos anotado todos los nombres de los involucrados, algunas direcciones de correo electrónico que habíamos conseguido en las páginas de Internet de las universidades.

—Esto no sirve de nada —nos dijo—, ¿creéis que esta peña va a utilizar sus nombres verdaderos en la Internet oscura?

Le sugerimos que buscara foros donde se hablara de Juan Rulfo.

—A ver si lo pilláis —nos dijo, con las manos suspendidas sobre el teclado de la computadora como si fuera a empezar a tocar el piano—. Todo en la Internet oscura está cifrado, codificado, en clave. Dadme palabras relacionadas con Rulfo, entre más mejor.

Empezamos por lo obvio, “Macario”, “Luvina”, “Comala”, sin resultados relevantes, y seguimos así un rato más, hasta que el conocido de Santiago, exasperado, descargó *Pedro Páramo* y *El Llano en llamas* y puso a funcionar un programa de búsqueda que relacionaba todas las palabras de los dos libros, exceptuando preposiciones y adverbios.

—Esto va a tardar —nos dijo—, bajad a tomar una caña y volved en media hora.

Lo obedecimos y al regresar, cuando nos abrió la puerta de vuelta, su indiferencia me hizo temer que la búsqueda hubiera fracasado. Sin embargo, sí que había encontrado algo; supongo que ese mundo de conspiraciones era la vida común y corriente para él, su pan de cada día.

Había un foro, creado y administrado en Guadalajara, en Tlajomulco, para ser exactos, con participantes de distintos lugares de Europa, Estados Unidos y América Latina. Era el medio de comunicación de una secta satánica, fundada por académicos *rulfistas* del mundo entero, bajo los preceptos de *Pedro Páramo*.

—Es el típico foro de una organización clandestina —comentó el conocido de Santiago—, de esto está llena la Internet oscura: terroristas, defraudadores, partidos políticos extremistas, sectas apocalípticas, corredores de bolsa.

Santiago le pidió que imprimiera el intercambio de mensajes del foro.

—Ves muchas películas, Santi —le respondió—, no perdáis el tiempo con eso. Tengo algo mejor. Alguien tuvo un descuido. Siempre hay un gilipollas que se distrae y deja una huella. Así es como los pilla la policía.

Nos entregó un pedazo de papel con la información escrita a lápiz.

—Memorizadlo —nos ordenó—, nadie sale de aquí con nada.

Leí el nombre, un *email*, una dirección en la Colonia Las Águilas, en Zapopan.

—¿Te suena de algo? —me preguntó Santiago.

—Yo lo conozco —le contesté.

\*

Aquello había pasado en otra vida, cuando vivía en Guadalajara, hacía más de veinte años, veintidós, para ser exactos. Yo estudiaba administración de empresas, todavía no había descubierto mi “verdadera vocación”, y trataba de impresionar a una compañera de la universidad que me gustaba. Parte de mi estrategia de seducción, ya en aquella época, incluía libros, y el que elegí en esa ocasión fue *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castaneda, con el que intentaba darme un aire místico y misterioso, hacerme el interesante. Pero el tiro me salió por la culata.

Cuando cumplimos seis meses de novios, ella me dijo que tenía un regalo especial, que nos había inscrito en un curso sobre las enseñanzas de Carlos Castaneda. Yo quise corregirla diciéndole que en realidad las enseñanzas eran de don Juan, el brujo





Detalle de una fotografía de Juan Rulfo hecha por Paulina Lavista en el Centro Mexicano de Escritores, 1970

yaquí, pero ella me informó que el curso lo daba un discípulo de Castaneda. El asunto consistía en cuatro sesiones de aula en la ciudad, de lunes a jueves, y un campamento el fin de semana en el bosque de la Primavera. A mí todo me olió a un montaje fraudulento para sacarle dinero a los incautos e intenté negarme. Imposible, a menos que quisiera terminar con el noviazgo. Y, a decir verdad, yo no quería que eso pasara; estaba enamorado.

El supuesto discípulo de Castaneda se llamaba Salvador Barba y, tal y como yo esperaba, resultó un manipulador de manual. Palabras más, palabras menos, se estaba preparando para dirigir una secta. Los fieles, por supuesto, serían los asistentes a sus cursos, que funcionaban, en realidad, como una estrategia de reclutamiento. Nunca entendí bien a bien cómo hacían para identificar a sus “víctimas”, pero el sistema era preciso: ahí sólo llegaba gente desesperada, solitaria, adicta, desahuciada, que había sufrido tragedias o que no encontraba el sentido de la existencia. Todavía me tomaría bastante tiempo descubrir por qué mi novia había acabado ahí, y yo de rebote.

Desengañado desde el principio, asumiendo una postura de superioridad cínica, el curso me pareció una puesta en escena ridícula, una mezcla de yoga y técnicas de relajación orientales, calistenia, magia blanca, indigenismo trasnochado, actividades de exploración sacadas del instructivo de los Boy Scouts y tergiversación del legado de Jung y, claro, de Cas-

taneda. Todo ello formulado en un discurso motivacional que iba creando lazos de dependencia entre los asistentes al curso y, sobre todo, entre ellos y el líder. Lo peor de todo es que era efectivo: al finalizar el campamento todos los participantes, todos, aceptaron continuar con el “entrenamiento”, expresaron públicamente su compromiso de ser fieles al grupo y mantener en secreto lo que ocurría entre ellos. Todos menos yo, por supuesto.

Ante mi negativa, Salvador intentó convencerme y, al ver que sería imposible, se dedicó a humillarme. Yo me mantuve firme, asustado por la violencia que se agazapaba en ese ejercicio de manipulación de las emociones. Me echaron de ahí como si fuera un traidor, tuve que volver caminando a la ciudad, solo, dejando atrás a mi novia, a la que había perdido para siempre.

\*

A principios del mes de diciembre viajé a México para participar en la Feria del Libro de Guadalajara. Me había prometido, y le había prometido a Andreia, no hacer nada, cortar de una vez esta narrativa absurda que ya se estaba volviendo demasiado larga. Pero todo cambió en cuanto aterricé en la ciudad y tuve la certeza de la presencia cercana de Salvador, su influjo perverso, de golpe me acometió la urgencia de las historias inacabadas, la necesidad de saber, de en-

tender, y, sobre todo, de cerrar una etapa de mi vida que se había quedado inconclusa aquel domingo en el bosque de la Primavera. Una de mis vidas posibles había sido truncada aquella tarde, y aunque no me arrepentía, tampoco me resignaba a que alguien se hubiera inmiscuido de una manera tan arbitraria para excluirme de esa trama.

Le pedí a Rolando, mi amigo de toda la vida, que me llevara a la dirección en Las Águilas y que me esperara afuera, que estuviera alerta por si tardaba en salir. Eran las diez de la mañana del jueves 3 de diciembre de 2015.

—Tardaste en volver —me dijo Salvador cuando abrió la puerta—, pero volviste, eso es lo que importa.

Dejó la puerta abierta y se metió, invitándome a seguirlo. Yo estaba seguro de que era imposible que me hubiera reconocido, habían pasado más de veinte años, yo me había echado encima algunos kilos, tenía barba, había cambiado por completo mi manera de peinarme y de vestirme. Era, imaginé, lo que Salvador diría cada vez que abría la puerta y no se encontraba con alguno de sus discípulos. En su mentalidad arrogante de líder de secta, todo aquel que no era un fiel era un arrepentido.

Atravesé el recibidor y la sala en penumbras, las cortinas estaban cerradas, y salí al patio trasero, donde Salvador acababa de echarse en una mecedora bajo el sol radiante. No había otro lugar para sentarse, me recargué en la pared y lo observé atentamente. Llevaba lentes oscuros y una coleta canosa hecha de las hilachas que le sobaban de pelo. Vestía un pants que bien podría ser una pijama. Iba descalzo. Calculé que andaría en los sesenta años.

—Te cambiaste al satanismo —le dije, ahorrándome el prólogo—, supongo que tampoco es tan difícil entenderlo, ya sabes lo que dicen: con dinero baila el perro.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó, sin distraerse de su insolación.

—Del infierno de *Pedro Páramo*.

Se quitó los lentes oscuros para poder escrutarme el rostro sin interferencia y se inclinó hacia adelante para centrar su interés.

—¿Quién te manda?, ¿eres periodista? —me preguntó.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—¿Debería?

—En realidad no importa —le contesté.

Volvió a colocarse los lentes y a reclinarsse en la mecedora.

—Esos hijos de su puta madre me quedaron debiendo un chingo de lana —dijo.

—Murió gente —dije, y me acerqué para analizar su reacción—, hubo gente sacrificada.

—Yo no tuve nada que ver con eso —se defendió—, yo nada más les organizaba el circo.

Inclinó el torso hacia adelante, se levantó y arrastró la mecedora hacia la sombra, huyendo de mí.

—¿Tú a qué te dedicas? —me preguntó.

Le dije que era escritor. Se rio de manera sincera, sin afectaciones. Atravesé el patio para ponerme también a la sombra, el Sol picaba con fuerza.

—¿Andas investigando para escribir un libro? —me preguntó—. No te creas que la verdad es tan interesante, es mucho más mundana de lo que te puedes imaginar. Pero escribe el libro, ojalá que se chinguen a esos hijos de su puta madre.

—¿Y cuál es la verdad?

—¿Cuál va a ser? —me dijo—. Adivina, escritor, utiliza tu imaginación.

Hice un chasquido con la lengua, fuerte, para demostrar que me exasperaban las adivinanzas.

—Ahora lárgate que ya me acordé de ti.

#### IV

Llegó 2017, el año del centenario de Juan Rulfo, y por alguna extraña razón, quizá, de nuevo, por haber nacido en Jalisco, o quizá porque mi última novela había ganado un premio importante, varias revistas y periódicos de México, de España y de otros países me solicitaron escribir textos de homenaje. Rechacé la mayoría de las peticiones, eludí hablar del tema, especialmente cuando se hizo evidente que había un cierto ánimo de censura contra toda exégesis o lectura que se saliera de lo “autorizado”.

